

F1213

B43

ES PROPIEDAD



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

#67

PERICO EL ZARAGATA

I

La «Jamaica» y el monte «Parnaso»

Es Méjico la más bella de las ciudades españolas del Nuevo Mundo, indudablemente, y Europa podría enorgullecerse de contarla entre sus capitales. El que quiera contemplar, en todo su esplendor, el raro y magnífico panorama de la ciudad de Méjico no tiene más que subir á una de las torres de la catedral, algo antes de la puesta del sol. A donde quiera que tienda la vista descubre en el horizonte las cumbres de la Cordillera, gigantes que la rodean en un espacio de más de sesenta leguas.

Al Sur los dos volcanes que dominan la sierra levantan sus cimas majestuosas, cubiertas constantemente de nieve, que los rayos oblicuos del sol tiñen de color de rosa purpurina. Uno de ellos, el Popocatepetl (montaña humeante) se destaca en forma cónica sobre el azul del cielo, que le sirve de fondo; el otro, el Iztaczihuatl (la mujer blanca) ofrece una ima-

gen femenina, acostada, recibiendo en su helado torso los últimos rayos solares.

Al pié de esos dos volcanes brillan, como espejos, tres lagunas, en las cuales se reflejan las nubes y se bañan los cisnes. Al oeste el palacio de Chapultepec, sitio de recreo de los vireyes de Nueva España, destaca las líneas de su regia mole; y en torno de la montaña sobre la cual está edificado el palacio, se extiende y ondula, cual un mar de verdura, un bosque de cedros diez veces seculares.

De la cima de esa montaña se precipita un torrente que, después de cruzar la llanura dentro de un acueducto de arcos macizos, va á la populosa ciudad á satisfacer todas sus necesidades. Del fondo del valle diríase que brotan en todas direcciones pueblecillos, cúpulas y campanarios. Multitud de caminos blanqueados por el polvo, se entrelazan como cintas plateadas, ya esparcidas sobre verde alfombra, ya ciñendo pequeñas lagunas.

El pimentero y el sauce llorón mecen suavemente sus ramas en forma de cabellera, al soplo de la brisa y una palmera aislada asoma su elegante y erguida cabeza por encima de una masa de olivos de hojas amarillentas.

Todo eso no representa, sin embargo, sino objetos lejanos y las grandes líneas del cuadro. Detened la vista sobre la ciudad, ó mejor dicho, mirad á vuestros pies.

Entre el inmenso tablero formado por los terrados de las casas y adornado de flores, se ven surgir los campanarios, las iglesias con sus cúpulas de loza amarilla y azul, las casas con sus fachadas de colores y las caprichosas cortinas de los balcones, que dan á las calles un aspecto de fiesta perenne.

En uno de los lados de la Plaza Mayor se eleva majestuosamente la catedral, edificio suntuoso cuyas torres domina el palacio de la Presidencia, y un pa-

lélógramo achatado, enorme, que encierra dentro de sus muros los cuatro ministerios del país, una cárcel, dos cuarteles y un jardín botánico. Otro lado lo ocupan las dos cámaras legislativas; el tercero las casas consistoriales y el Portal de las flores, espacioso bazar de mercancías; y por último en el cuarto se halla el Parian, otro gran bazar.

De modo que poder legislativo y ejecutivo, municipio y la principal representación del comercio se encuentran concentrados en algunos edificios y como á la sombra del templo. A la Plaza Mayor llevan una corriente humana que se renueva sin cesar las calles de santo Domingo, San Francisco, Tacuba, de la Moneda y de la Monterilla.

Basta permanecer algunos momentos entre esa muchedumbre para conocer la sociedad mejicana en sus más extraños contrastes de lujo y de miseria, de vicios y virtudes. Especialmente á la hora del Ángelus, ginetes, carruajes y peones forman en la Plaza Mayor una mezcla chocante del oro, la seda y los harapos. Los indios regresan á sus pueblos, mientras que el populacho se dirige á los arrabales. El *ranchero* hace piafar su caballo entre la multitud, que le abre paso con indiferencia; el aguador atraviesa la plaza doblado bajo el peso de su *chochocol*, cántaro de tierra porosa; el corpiño encarnado de la mujer del pueblo alterna con las negras mantillas de las señoras, que con el abanico se defienden de los últimos rayos del sol, y gran número de religiosos con hábitos de varios colores penetran en todas direcciones entre la compacta concurrencia.

Excitan constantemente la atención del observador el sin número de incidentes que allí ocurren sin interrupción. Ora se oye el redoble de tambor, que llama á los soldados á la lista dentro de los cuarteles; ora se abre de repente, de par en par, las dos puertas del Sagrario, y sale un coche dorado, que lleva el Viáti-

co á algún enfermo; entonces la gente enmudece, se descubre y se arrodilla: á veces llega con gran pompa á la plaza un grupo de seis oficiales, precedidos de una música y seguidos de un piquete: es un bando de la autoridad suprema; y otras escenas de distinto caracter.

Terminado el día los *leperos* se hacen dueños de la ciudad, durante algunas horas.

Es el *lepero* un tipo de los más originales. Únicamente el observador, que no teme el silencio siniestro que allí suele envolver á la noche, es el que puede decir lo que hay de temible y singular en el caracter de ese *lazzaroni* mejicano. Valiente y cobarde á la vez, pacífico y violento, incrédulo y fanático, temiendo al Diablo más que á Dios, jugador eterno, pendenciero, sobrio hasta lo inverosímil, y en ocasiones de una intemperancia sin ejemplo, sabe el lepero amoldar su genio y su pereza á todas las situaciones de la vida. El se hace comerciante como empedrador, y caballista lo mismo que mozo de cuerda, desempeñando alternativamente toda clase de oficios. Pero ha nacido ladrón, lo es por instinto, y en todas partes roba. Su vida resulta una larga serie de altercados con la justicia, que tampoco se halla á cubierto de sus desmanes. En ganando por la mañana lo suficiente para pasar el día abandona en seguida el trabajo; de modo que así le falta á menudo lo necesario para el sustento.

Tiéndese en el rincón de una calle ó en el umbral de una puerta, envuelto en su raída manta. Muchas veces se desayuna con un rayo de sol, fuma un cigarrillo por cena y se duerme tranquilo sin pensar en mañana.

Yo nunca encontraba un lepero en todo el pintoresco destrozo de su traje sin sentir el deseo de observar de cerca esta clase de gitanos que me recordaban los héroes más interesantes de las novelas pica-

rescas: yo comparaba á ese hijo impuro de las grandes ciudades con los salvajes aventureros que había encontrado en los bosques y en las desiertas llanuras.

Al principio de mi permanencia en Méjico, valiéndome de un franciscano, amigo, logré conocer la vida íntima de un lepero de pura raza, llamado Perico el Zaragata. Pero á poco de haberme admitido en su intimidad el popular personaje estuve á punto de romper mis relaciones con él, por la desproporción que había entre la importancia de sus revelaciones y el número de pesos que me costaban. Ya iba á prescindir por completo de él, cuando una mañana entró en mi casa Fray Serapio, que así se nombraba el digno franciscano. Era domingo.

—Vengo, me dijo, para llevar á V. á los toros de la plaza de Necatitlan: hay una *Famaica* y un *Monte Parnaso* que prometen una corrida muy interesante.

—¿Qué son una *Famaica* y un *Monte Parnaso*?

—Va V. á verlo: vámonos, que están para dar las once, y luego nos costaría mucho trabajo hallar buen sitio.

Nunca me resistía al atractivo de una corrida de toros, y además en compañía de Fray Serapio podría cruzar con seguridad los arrabales que forman en torno de Méjico una barrera formidable. De todos esos arrabales el que está contiguo á la plaza de Necatitlan es sin disputa el más peligroso para quien viste de caballero. Así es que yo experimentaba zozobra cuando tenía que atravesarlo solo. Pero el capuchón del religioso era el mejor escudo.

Por primera vez contemplaba con mirada tranquila aquellas calles sucias sin aceras y sin empedrar, aquellas casuchas agrietadas y negruzcas, cuna y guardia de bandidos, y de rateros. Hasta los agentes de policía pasan intranquilos por allí. Únicamente el fraile va sin cuidado y el ligero roce de su sandalia inspira mucho más respeto que el ruido del sable del celador.

Como tigres domesticados acudían no pocos á besar la mano á Fray Serapio.

La plaza de Necatitlán ofrecía un espectáculo tan raro como nuevo para mí. Los palcos y tendidos de sol recibían de lleno sus rayos y detrás de los toldos y de las mantas extendidas para hacer sombra, el populacho apañado se entregaba á un concierto abominable de gritos y silbidos. En la parte de la sombra los plumeros de los oficiales y los chales de seda mitigaban la impresión de la miseria y la desnudez de la otra parte.

Cien veces había presenciado esa diversión y había observado igualmente á esa muchedumbre, fatigada, pero no saciada de ver correr sangre, cuando al caer la tarde y terminar la corrida las gargantas estaban roncadas de gritar, cuando el olor de la sangre atraía á bandadas de buitres sobre la plaza: pero nunca hallara el redondel transformado como aquel día.

Numerosos tablados llenaban el sitio destinado á las corridas. Cubiertos de yerba, de aromática retama y de flores, esos tablados mostraban un vasto campo de verdura, una especie de bosquecillo con avenidas misteriosas y varios senderos para la circulación. Había allí elementos suficientes para satisfacer la gastronomía mejicana, cenadores, pabelloncitos con las correspondientes cocinas y puestos de bebidas y de refrescos; en cuyos puestos brillaban, en medio de ramos de flores, vasos gigantescos llenos de líquidos encarnados, verdes, amarillos y azules.

—He ahí, me dijo el franciscano señalándome los numerosos convidados que ocupaban las mesas, lo que llamamos aquí una *Jamaica*.

—¿Y qué nombre da V. á aquello? le pregunté indicándole un árbol de cuatro ó cinco metros de altura plantado en el centro de la arena y empavesado de pañuelos de color que flotaban en todas sus ramas.

—Aquello es el *Monte Parnaso*.

—Tendremos acaso una ascensión de poetas.

—De leperos, y de los más incultos. Verá V. qué cosas más divertida.

Al darme el franciscano esa respuesta los gritos de «¡torol ¡torol!» se hicieron cada vez más atronadores, en un abrir y cerrar de ojos quedaron desiertos los puestos de comer y de beber, interrumpiéronse las comidas, y los pabelloncitos fueron deshechos al empuje de una bandada de leperos que se habían descolgado á la plaza desde la parte más alta con la ayuda de sus mantas.

Entre esos furiosos que aullaban y saltaban como endemoniados destruyendo las fáciles construcciones de ramaje, ví á mi antiguo conocido Perico. Sin él la fiesta no hubiera sido completa.

Como únicamente el *Monte Parnaso* campeaba con sus pañuelos de algodón entre los restos de toda especie que llenaban la plaza, bien pronto fué objeto preferente de la atención y de los esfuerzos de aquella gente. Todos trataron á la vez de trepar al *Monte* para apoderarse de aquellas prendas que excitaban su codicia; más los esfuerzos de los unos paralizaban los de los otros, y el árbol permanecía derecho sin que ninguno de los pretendientes pudiera asirse á su tronco.

En esto sonó el clarín y, abriéndose la puerta del chiquero, dió paso á un toro soberbio pero embolado.

La fiera corrió hacia el árbol y una parte de los leperos huyeron, mientras los otros, ya parte de los leperos, pudieron trepar á las ramas.

El toro arremetió contra el tronco y después de algunas embestidas furiosas el árbol empezó á inclinarse bajo el peso de los hombres que sostenía.

Parecía inminente una catástrofe. En el momento en que Perico se ufana con los pañuelos que había recogido, el *Monte Parnaso* se vino á tierra arrastrando un enorme racimo de cuerpos humanos, no pocos de ellos entrelazados.

Los doce mil espectadores que llenaban la plaza reían y aplaudían con entusiasmo. El toro, por su parte, procuraba deshacer, á cornada limpia, aquel extraño racimo, y tuve la pena de ver á Perico lanzado á unos doce pies de altura por el bravo animal y volver á caer sobre la arena en un estado de inmovilidad que me quitaba toda esperanza de continuar mis estudios de costumbres populares bajo la dirección de tan hábil maestro.

Cuando le retiraban de la plaza resonaron mil voces, pidiendo un sacerdote. Fray Serapio, al oírlas, se acurrucó en un rincón del palco, pero sin embargo no pudo evadirse de cumplir con el deber que le imponía la voluntad del pueblo. El fraile entonces se levantó con una gravedad que ocultaba á los ojos del público la gran contrariedad que aquello le causaba, y me dijo en voz baja:

—Sígame V., que podrá pasar por médico.

—¿Se burla V.?

—No por cierto. Si el tunante vive todavía, además del confesor tendrá el consuelo de ver á su lado á una persona que le pulse.

Seguí, pues, al franciscano, con una gravedad proporcionada á la suya, y mientras bajábamos, las carcajadas y los bravos de los espectadores nos demostraron que así el público de la sombra, como el del sol, daban ya al olvido un accidente tan común.

Introdujéronnos en una pieza oscura practicada entre los corredores del piso bajo. Allí habían colocado á Perico, después de haberle aligerado de los pañuelos. Los asistentes nos dejaron solos, tal vez por respeto á la Iglesia y á la ciencia, pero lo más probable es que fuese por no perder el resto de la corrida.

Con la cabeza apoyada contra la pared, los brazos caídos y en el rostro la palidez de la muerte, el infeliz lepero estaba recostado sobre un camastro. El franciscano y yo nos miramos como quien no sabe que hacer.

—Creo que debe V. darle la absolución antes de todo.

—*Absolvete*, dijo Fray Serapio, empujándole suavemente.

A este movimiento el lepero pareció volver en sí, abrió poco á poco los ojos y murmuró:

—Creo en el Padre, en el Hijo, y en el... ¡ah! los pícaros me han robado los pañuelos... ¡Padre mío... me muerol

—¡Ánimo, hijo mío! Tal vez tengas todavía tiempo para decirme tus pecados y ganar la gloria. ¡Vamos, date prisal

—¿Dura aun la corrida? Creo que no estoy tan grave como se figura V.

Al decir ésto reparó en mí Perico, volvió á cerrar los ojos cual si le viniese un nuevo desmayo, y poco después continuó con voz desfallecida:

—La verdad es que me siento malo, muy malo. Si V. quiere oír mi confesión acabaré pronto.

—Empieza, hijo.

El franciscano se arrodilló, inclinándose sobre él. Perico no tenía, al parecer, ninguna herida; acercándose cuanto pudo al oído del fraile principió su confesión, y yo me retiré un poco para no interrumpirles. Sin embargo, pude oír lo siguiente:

—En primer lugar, padre mío, me acuso de haber correspondido con la más negra ingratitud á los favores de ese caballero que está ahí, sacándole todo el dinero que pude: le suplico que me perdone y no me guarde rencor, pues á pesar de todo le estimaba mucho.

Hicele una señal de agradecimiento y continuó:

—Acúsome también de haber robado el reloj de oro del juez Sayosa la última vez que comparecí ante él.

—¿Cómo fué eso, hijo?

—El señor Sayosa quiso, ver la hora delante de mí.

y advirtió que se había olvidado en casa el reloj y la cadena. Entonces yo pensé que, si no me ahorcaban, podía dar un golpe maestro. Al efecto di mis instrucciones á un amigo á quien ponían en libertad en aquel momento. Conviene que V. sepa que el juez tiene gran afición á los pavos...

—¿Y qué?

—Que mi amigo compró un pavo magnífico y corrió á llevárselo á la señora de Sayosa, diciéndola que lo mandaba su marido, y que la encargaba que entregase al dador el reloj y la cadena que se había dejado olvidados, para llevárselos inmediatamente. Así fué como el reloj...

—Ya, ya... ¡grave pecado!

—Pues todavía resultó más grave de lo que V. se piensa, padre... al día siguiente robé el pavo á la señora del juez, mientras su esposo estaba en el tribunal. Ya comprenderá V. que uno no desea perder...

A duras penas pudo el franciscano contener una carcajada.

—¿Y qué delito te había llevado ante el juez?

—No quisiera recordarlo. Habíanme encargado de vengar á un habitante de esta ciudad por algunos pesos. Me enseñaron la persona á quien debía matar, que era un caballero joven y guapo, fácil de reconocer por una cicatriz que tenía encima de una ceja. Me puse en acecho á la puerta de cierta casa á la cual acostumbraba ir diariamente después del toque de oraciones. Aquella vez tardó mucho más: era ya casi media noche y aguardé. Habían transcurrido más de dos horas; no se veía en la calle bicho viviente; pero el caballero no salía. Me entró curiosidad por averiguar lo que allí le retendría tanto tiempo. La habitación era baja y miré por entre las rejas de una ventana, entreabierta sin duda á causa del calor insufrible que hacía.

Fuera por debilidad, ó por otra cansa, al continuar

Perico su confesión parecía ceder á su pesar al ascendiente que el franciscano ejercía sobre él; semejava el lepero uno de esos sonámbulos que descubren por fuerza sus pensamientos bajo el fluido magnético que les domina.

Pregunté con los ojos al confesor si debía alejarme, y me hizo seña de que me quedase. Entonces seguí escuchando lo que sigue.

—Debajo de un cuadro que representaba las almas del purgatorio dormitaba una vieja cuyo rebocíño casi la tapaba los ojos. El bizarro caballero, á quien reconocí, estaba sentado en un sofá, mientras que, arrodillada en el suelo, una mujer joven y hermosa, apoyaba ligeramente la cabeza sobre sus rodillas, contemplándole apasionada. El joven deshojaba una rosa encarnada entre las trenzas de aquella mujer encantadora. Entonces comprendí por qué el tiempo le parecía tan corto. Confieso que sentí piedad al verme obligado á cortar el hilo de aquel amor.

—¡Desgraciadol... ¡le matastel exclamó el franciscano.

—Senteme enfrente de la casa. Me hallaba tan conmovido y falto de valor que al poco rato, me dormí. El ruido de la puerta, al abrirse, me despertó, y ví salir por ella á un hombre. Entonces pensé que la palabra es cosa sagrada, que no era ocasión de hacer caso de mi natural sensibilidad; y me levanté.

En seguida me pegué á los talones del desconocido y á la vez se sintió un piano dentro de la habitación. La ventana acababa de cerrarse. Cualquiera hubiese adivinado que la ventura aumentaba la agilidad de los dedos que lo tocaban. ¡Pobre mujer, me decía, tu amante vá á morir, y tu cantas! Herí y cayó.

Al llegar aquí Perico exhaló un suspiro y la palabra espiró en sus labios.

—Sin duda el pesar había nublado mi vista, puesto que, al fulgor de un rayo de luna, que salía en aquel

momento, reconcí que no era mi hombre el que acababa de asesinar. Y le juro á Vd. que esta equivocación me causó gran placer. Se me había pagado para que matase y maté. Respecto á eso mi conciencia quedó tranquila. Corté un mechón de cabellos del desconocido para mostrárselo á quien había alquilado mi brazo, porque yo me dije: todos los cabellos se parecen, y así no dudará de que queda servido.» Pero, por desgracia, también en eso me engañé: había matado á un inglés, cuyos cabellos eran azafra- nados.

Fray Serapio dió la absolución al asesino bajo promesa, de que si curaba, no volvería al crimen, y luego le dijo:

— Ahora pide perdón á ese caballero por haberle cobrado mucho más de lo debido.

Volvióse el lepero hacia mí y con acento muy compungido me dijo:

— Soy un gran pecador, y no me creería absuelto del todo si no contase con el perdón de Vd. Voy á morir, caballero, y no tengo con que hacerme enterar. Sería un gran consuelo para mi pobre mujer el hallar en mi bolsillo unos cuantos pesos para la mortaja y entierro.

Dí el dinero, Perico, al recibirlo, cerró los ojos, y, volviendo el rostro, no pronunció una palabra más.

— *Requiescat in pace*, dijo Fray Serapio.

Y, cuando salimos de allí, aun conviniendo en que me habían costado muy caros los informes del lepero su interesante confesión me indemnizaba con creces de aquel gasto. Sin embargo, me equivocaba completamente al creer terminadas mis cuentas con tan buena pieza.



II

La Alameda.--El paseo de Bucaseli

EN Méjico hay pocas ciudades que no tengan su alameda; la de la capital es una de las más hermosas. En París no tenemos hasta ahora ningún pasco de esta clase.

La alameda de Méjico forma un cuadrilongo cercado de un muro de altura proporcionada para apoyarse cómodamente en él. En cada uno de sus ángulos hay una verja de hierro para el paso.

Multitud de álamos, fresnos y sauces forman la bóveda sombría del salón principal, destinado á los ginetes y á los coches, y sobre un piso igual y enarenado. No pocas calles de árboles, que convergen hacia centros adornados de fuentes, con juegos de agua caprichosos, interponen sus líneas de mirtos, rosales y jazmines entre los carruajes y los que pasean á pie, pero sin que priven de seguir con la vista los trenes elegantes y los hábiles ginetes. El zumbido de las abejas y el canturreo de los colibrís se mezclan al rumor de las fuentes.